



MARQUEZ STERLING Y UN LIBRO DEL LICENCIADO PRIDA.

NADA más grato para el pueblo mexicano que el nombramiento de don Manuel Márquez Sterling, como embajador de Cuba en nuestro país. No podemos olvidar la breve y gallarda actuación de ese ilustre diplomático en las postrimerías del Gobierno del Presidente Madero. Escritor culto y atildado, desplegó su actividad y sus energías para defender a México, en aquellos aciagos días de la intromisión criminal del embajador Lane Wilson en nuestros asuntos interiores, encaminada al derrocamiento del régimen maderista.

Coincidirá el arribo a México de Már-

quez Sterling con la publicación de un importante libro del licenciado Ramón Prida, titulado "La Culpa de Henry Lane Wilson en el Gran Desastre de México," tomo tercero, de la obra que ha comenzado a publicar el licenciado Luis Manuel Rojas, quien invitó a ese distinguido publicista para que colaborase con él en esa tarea importante y trascendental, y le encomendó que escribiese todo lo que se relaciona con la caída y el asesinato del Presidente Madero, y la intervención de Lane Wilson en esos penosos acontecimientos. El estudio concienzudo del licenciado Prida despertará grandísimo interés, porque contiene revelaciones importantes, documentos trascendentales, juicios sobre personajes y hechos históricos que provocarán discusiones, que producirán escozor, que llamarán, en fin, a la meditación y al estudio, para que no se vuelvan a repetir esos actos que han llenado de vergüenza y de sangre a la patria. En ese libro, el licenciado Prida acusa al embajador Lane Wilson como coautor del asesinato del Presidente Madero y del Vicepresidente Pino Suárez. Descubre todas sus viles maquinaciones, sus pérfidas asechanzas, su intención ruin y mezquina.

Hace un retrato del famoso embajador de los Estados Unidos, terrible, pavoroso, y lo pinta con los colores más sombríos, para presentarlo ante los ojos atónitos como un hombre rencoroso, embustero, desleal, lleno de pasiones bajas y despreciables.

Con documentos irrefutables, con espíritu sutil, analiza el licenciado Prida esa penosa situación, y lleva a la mente el convencimiento de que el embajador Lane Wilson estuvo en constante comunicación con Félix Díaz, Manuel Mondragón y los demás rebeldes de la Ciudadela. Pero no solamente estaba en constatare comunicación con ellos, sino en perfecto acuerdo con los conspiradores en contra de un gobierno ante el cual estaba acreditado como embajador de un país amigo. Pero todavía el licenciado Prida le hace una acusación más grave: el embajador Lane Wilson fué el mediador entre Félix Díaz y Victoriano Huerta para ponerlos de acuerdo y conseguir que el jefe de las fuerzas leales mandara aprehender al Presidente de la República.

Ya derrocado el Gobierno del Presidente Madero, el día 18 de febrero de 1913, a media noche, dirigió Lane Wilson al

Departamento de Estado este mensaje: "Alarmado por la situación que puede sobrevenir con la caída del Presidente Madero, invité al general Huerta y al general Félix Díaz para que vinieran a la embajada con objeto de considerar la cuestión de preservar el orden en la ciudad. Cuando llegaron ví que había muchas otras cosas que discutir y resolver, y después de enormes dificultades conseguí que se pusieran de acuerdo y llegaran a una inteligencia para trabajar en conjunto los dos, de manera que Huerta sea el Presidente provisional y Díaz el Presidente permanente. Después de arreglar esos puntos, los dos salieron de la embajada para cuidar no se alterara el orden, con lo que convinieron en interés de la paz pública. Espero no habrá dificultades ni trastornos en la ciudad, y felicito al Departamento por el feliz término de los acontecimientos, los que han sido resultado directo o indirecto de sus instrucciones." "Allí mismo, en la embajada de los Estados Unidos, queda consumada la infamia—dice el licenciado Prida—al choque de las copas de champaña, a la sombra de la bandera de los Estados Unidos."

Pero como lo observa muy bien el dis-

S E N D E R O S

tinguido historiador mexicano, ese mensaje de Lane Wilson al Departamento de Estado es una serie de embustes, y llega su audacia inconcebible y su atrevimiento inaudito hasta pretender mezclar al Gobierno de su país en semejante infamia, pues en verdad, nunca recibió el interesado diplomático instrucciones directas ni indirectas para obrar de esa manera, que reprobaban muchos representantes acreditados ante el Gobierno del Presidente Madero, que se rehusaron abiertamente a secundar la actitud del vesánico embajador. Entre esos diplomáticos se contó el Ministro de Cuba, don Manuel Márquez Sterling, que supo defender a México en esos días terribles de infortunio y de prueba. Descubrió las maquinaciones del intrigante Lane Wilson. Le marcó con claridad, que los diplomáticos no podían mezclarse en los asuntos internos de nuestro país. Le llamó la atención acerca de su proceder indebido, para un Gobierno cerca del cual estaba acreditado como representante de una nación amiga. La palabra, la actitud, la sola presencia del Ministro cubano, eran una reprobación constante al embajador de los Estados Unidos, que alentó a los rebeldes, que

amparó a Victoriano Huerta para que consumara la traición al Presidente Madero y el derrocamiento de un Gobierno legítimo.

En esos momentos la figura de Márquez Sterling, de todos respetada y querida, adquiere un relieve singular al defender los intereses de nuestra patria, al defender al mismo tiempo los intereses de nuestra raza. Pero el culto diplomático conquista la admiración cuando sacrifica todo, carrera, tranquilidad, al interponer su nobleza para salvar las vidas de Madero y Pino Suárez. Cuando la atribulada esposa del caudillo coahuilense se presentó en la embajada de los Estados Unidos, el día 20 de febrero de 1913, a suplicar a Lane Wilson interpusiera su poderosa influencia para salvar a los mandatarios mexicanos que estaban presos en la Intendencia del Palacio Nacional, el embajador le preguntó secamente qué deseaba.

—Quiero—le contestó la señora Madero—que usted emplee su influencia para salvar la vida de mi esposo y la de los demás prisioneros, que corren un peligro inminente.

En seguida contestó Lane Wilson con el mayor desenfado del mundo, sin tener

S E N D E R O S

en cuenta las lágrimas, el dolor y las súplicas de una dama agobiada por el sufrimiento y la pena:

—Esa es una responsabilidad que no puedo echarme encima ni en mi nombre, ni en nombre de mi Gobierno.

El Ministro de Cuba, Márquez Sterling, corrió, entretanto, a acompañar toda esa noche a los señores Madero, Pino Suárez y Angeles, para impedir que se cometiera el atentado. El diplomático cubano no medía su responsabilidad. Sus principios humanitarios estaban por encima de las conveniencias. Su misión por encima de los intereses personales. Su grandeza de alma por encima de las pasiones mezquinas. Sus ideales por encima de las ruindades y las miserias de la vida. Sin querer le daba una lección al embajador de los Estados Unidos: le señalaba el camino del honor, de la generosidad, de la nobleza. Así fué cómo Márquez Sterling escribió una de las páginas más bellas en la historia de la diplomacia de todo el Continente Americano. Nuestro pueblo no puede olvidar su generosa actitud. Ahora que el Gobierno de Cuba lo ha nombrado embajador en México, se recibió con extraordinario beneplácito la noticia. Ha si-

do un gran acierto esa designación, ya que cuenta con la gratitud y las simpatías del pueblo mexicano.

Con la publicación del tercer tomo de la obra "La Culpa de Henry Lane Wilson en el Gran Desastre de México," debido ese estudio minucioso y sagaz a la pluma del licenciado Ramón Prida, va a destacarse con más relieve la noble actuación del señor Márquez Sterling en aquellos días terribles, en que el embajador norteamericano defendió abiertamente la usurpación y el crimen, mientras el Ministro de Cuba no escatimaba esfuerzo ni sacrificio alguno para combatir la iniquidad y la infamia, y marcaba con sus palabras y sus acciones el respeto a la soberanía de nuestra nación. Este estudio completo, con documentos importantísimos, con juicios severos, con apreciaciones notables, es la acusación más terrible que se ha hecho al embajador Lane Wilson, el principal responsable de la tragedia de febrero de 1913, que es la vergüenza más grande de toda nuestra historia.

Después de esas enseñanzas terribles, volvemos los ojos a nuestro pueblo. En él, solamente en él, está nuestra salvación.

SENDERS

Pensar en otra cosa es un crimen, una infamia.

La redención, la grandeza, la tranquilidad de la patria debemos conquistarlas con nuestro propio esfuerzo, sin esperar que la luz del bienestar nos venga de otra parte, porque entonces ese bienestar no vendrá nunca, y el último destello de esperanza se extinguiría para siempre, con la misma rapidez con que se extinguen los fulgores de un relámpago.